

¡Adiós, Padre Morcillo!

Cuando me enteré el pasado 12 de enero de la muerte en Granada del Padre Morcillo, les confieso que lloré durante un buen rato. Luego, repasando mi memoria, empecé a sonreír. Su humor, su ingenio, sus chistes, me confortaron. Hasta su fisonomía transmitía alegría. Era gordo, cara redonda y sonrosada, de mediana altura. Fuimos grandes amigos. Últimamente hablábamos por teléfono con frecuencia. Me insistió que cuando viajase a Sevilla, me acercara a Granada y me quedara algunos días para recordar nuestros viejos tiempos y enseñarme unos apuntes que había escrito sobre su vida. Pensaba hacerlo en la próxima primavera, pero su corazón falló y nos dejó. Alguien ha escrito que «no faltará en el cielo un chiste y una sonrisa».



Antonio Morcillo y Julio Sánchez en Salamanca: partido de fútbol entre gordos y flacos. Año 1963.

Juntos hicimos la carrera eclesiástica en los seminarios claretianos. Era de un curso superior al mío. Su vocación fue tardía, pues antes de ingresar en el noviciado había estudiado magisterio y hecho el servicio militar, incluso con grados. Por todo ello, era muy reglamentado y responsable. En Zafrá estudiamos filosofía. A media mañana, después de las primeras clases, teníamos media hora de recreo. Paseábamos por los jardines o por el campo de fútbol. Un día nos juntamos Eladio Lleó, canario y amigo mío de la infancia, Morcillo y yo. Eladio que también era muy ingenioso y simpático, le dijo a Morcillo en plan de cachondeo: «No te da vergüenza pasearte delante de los compañeros con esos mofletones en las mejillas»... Y Morcillo contestó al instante: «Pues no me había dado cuenta. A partir de mañana, antes de salir al recreo, los voy a dejar guardados dentro del pupitre».

En el Teologado claretiano de Salamanca

En el Teologado Claretiano de Salamanca estudiamos los cuatro cursos de teología y fuimos ordenados de órdenes menores y mayores. En aquellos años yo era muy flaco. Un día le propuse a Morcillo organizar un partido

entre gordos y flacos. Morcillo lo definió como «el partido de los jamones contra los huesos». Aquel partido fue las delicias de los compañeros y profesores. Como capitanes nos hicieron una foto que se publica en este artículo. Ganamos por supuesto los flacos, pero Morcillo se lo tomó a guasa diciendo: «Hemos perdido, pero nosotros nos quedamos con nuestros ricos jamones y ustedes se quedan lamiendo sus huesos».

Llegada a Las Palmas de Gran Canaria

Ordenados sacerdotes, coincidimos en el curso 1965-1966 en la comunidad y colegio de Las Palmas. El día que llegó a Gran Canaria, lo fuimos a recibir al aeropuerto varios compañeros del Claret. Era la primera vez que pisaba tierra canaria y africana. En el trayecto desde Gando, nos preguntaba: «¿Dónde están los monos? No los veo por ninguna parte». Yo le dije: «Morcillo, mira aquellas montañas de la izquierda. Allí está la selva llena de monos, orangutanes, tigres y leones». Pronto, Morcillo simpatizó con los canarios. Le gustaba mucho pasear. Los domingos íbamos con mis padres o con mi hermano Pepe, su mujer Teresa y sus dos hijos Teresita y Julio, al campo. Todos disfrutábamos con sus ocurrencias, anécdotas y bromas. También le gustaba visitar el puerto de La Luz. Decía que en el puerto siempre había algo nuevo que ver. Cuando hizo escala en el puerto el antiguo «Queen Mary», entonces el crucero más grande del mundo, todos fuimos a verlo. Al día siguiente, en la tertulia de la comunidad que teníamos todos los días después de la comida, hablamos de la majestuosidad de aquel barco inglés. El hermano Ceferino, buen maestro de primeras letras, era un gran patriota y un acérrimo enemigo de los ingleses, a los que acusaba de ladrones. Morcillo le dijo con sorna: «Hermano Ceferino ¿Ha visto el barco inglés, el más grande del mundo?» El hermano contestó enfadado: «¡Ese barco lo robaron los ingleses!». Y Morcillo le dijo: «Sí. Lo robó un inglés y se lo metió en el bolsillo».

En la última estancia del Padre Morcillo en la comunidad de Las Palmas, ejerció como coadjutor de la parroquia del Corazón de María. Llegó la Navidad y él propuso al párroco que el 24 de diciembre hubiese sólo una misa, la del Gallo a las doce de la noche. Pero el párroco mantuvo las cuatro de las vísperas de fiesta. Fui el día 23 a felicitar la Navidad a la comunidad y luego le pregunté a Morcillo si el 24 se mantenía la tradicional Misa del Gallo. Y Morcillo me dijo con su gracejo e inventiva habitual: «No. Vamos a tener cuatro misas: A las 12 del mediodía, la del «Pollito». A las seis de la tarde, la del «Pollo». A las ocho, la de la «Gallina», y a las doce de la noche, la del «Gallo».

Gracias, Padre Morcillo por tu amistad y alegría. Contigo el Cielo será más divertido.

Tu amigo, Julio Sánchez Rodríguez